

2001

# Secreta palinodia: La 'Contrautopía' de José Antonio Maravall como descargo de conciencia

Aurora Hermida-Ruiz

*University of Richmond*, [ahermida@richmond.edu](mailto:ahermida@richmond.edu)

Follow this and additional works at: <https://scholarship.richmond.edu/lalis-faculty-publications>

 Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

**This is a pre-publication author manuscript of the final, published article.**

---

## Recommended Citation

Hermida-Ruiz, Aurora, "Secreta palinodia: La 'Contrautopía' de José Antonio Maravall como descargo de conciencia" (2001). *Latin American, Latino and Iberian Studies Faculty Publications*. 138.

<https://scholarship.richmond.edu/lalis-faculty-publications/138>

This Post-print Article is brought to you for free and open access by the Latin American, Latino and Iberian Studies at UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Latin American, Latino and Iberian Studies Faculty Publications by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact [scholarshiprepository@richmond.edu](mailto:scholarshiprepository@richmond.edu).

## Secreta palinodia: La 'Contrautopía' de José Antonio Maravall como descargo de conciencia

AURORA HERMIDA RUIZ

University of Richmond

En un reciente ensayo panorámico sobre la historiografía española del Renacimiento, Ottavio Di Camillo afirma que no existió ninguna interpretación del Renacimiento español digna de mención en el período intermedio entre Marcelino Menéndez Pelayo y José Antonio Maravall, o sea, desde finales del siglo XIX hasta mediados de la década de los 50: 'For over a half a century no new interpretations of the Renaissance were advanced, even though there was a slight increase in the number of studies on particular humanists and Renaissance authors'.<sup>1</sup> En la segunda entrega de este ensayo, Ottavio Di Camillo vuelve a insistir en la idea: 'In the decades immediately following the Spanish Civil War, the question of the Renaissance, which had never attracted much scholarly attention even before the war, almost completely disappeared from consideration in Spanish historical thought'.<sup>2</sup> Di Camillo viene pues a desatender por completo la intensa labor de investigación del Renacimiento puesta en marcha por los colaboradores y alumnos del Centro de Estudios Históricos (1910-1939) y, más concretamente, la responsabilidad de Américo Castro en la reinterpretación del erasmismo español al margen de Menéndez Pelayo, esto es, no como una corriente más de heterodoxia, sino como el principal estímulo ideológico de la modernidad cultural española del siglo XVI. De acuerdo con Di Camillo, Marcel Bataillon tomó el tema del erasmismo directamente de Menéndez Pelayo y Bonilla y San Martín sin mencionar en ningún momento no sólo que el erasmismo es la tesis más importante que Castro defiende en *El pensamiento de Cervantes* (1925), sino también el débito

reconocido por el propio Bataillon a la guía efectiva de Castro en su tesis sobre el erasmismo en España.<sup>3</sup> La única mención que hace Di Camillo a la labor de Castro en el período anterior a la Guerra Civil se limita al tópico de las armas y las letras y es una mera introducción al pensamiento de Maravall:

The theme of ‘arms and letters’ was first discussed by Américo Castro as one of the elements of the Spanish Renaissance utilized by Cervantes. It was meant to show that the issue dramatized by Cervantes originated in the social world of fifteenth century men of letters who first became aware of the value of education as a means to social mobility. Though Castro, to my knowledge, never returned to this topic in his later writings, the ‘civic’ humanist dimension of the issue was further explored by José Antonio Maravall, a young scholar who was to become one of the major historians of post-war Spain.<sup>4</sup>

Por cuanto se refiere a la historiografía de posguerra, Di Camillo aprovecha la comparación entre Castro y Maravall para presentar a este último como el único historiador del momento de intachable objetividad y rigurosidad históricas. Así, frente a la subjetiva visión singularista o españolista del Castro exiliado, Maravall destaca, de acuerdo con el crítico, por su europeísmo programático:

In a study that appeared in 1960, dealing with the historical figure of Charles V as Spain’s emperor and as a major player in the political life of Europe in the sixteenth century, Maravall became the first Spanish historian to join the ongoing discussion concerning the nature of the Renaissance in Europe. His emphasis on understanding the Spanish Renaissance within the European context --which constitutes one of the basic goals of his study-- was motivated mainly by the need

to better elucidate the meaning of Charles V's policies in Europe. Equally important was his determination to examine the effect of these policies on the Spanish people, *whose support was crucial* to the realization to the emperor's plans and ambitions.<sup>5</sup>

Puesto que Di Camillo no reconoce la labor de Castro en sus años de exilio más que como una verdadera obsesión antifranquista, resulta extraño que sólo la explícita relación del pensamiento de Castro con --contra-- el franquismo se le revele como históricamente sospechosa.<sup>6</sup> El imperialismo de Carlos V, la repentina atención al tópico de las armas y las letras y el 'apoyo de la gente española' que promulga Maravall quedan, en su opinión, no sólo libres de toda sospecha por su posible filiación franquista, sino enfáticamente elogiados además como 'a remarkable endeavor considering the isolation in which Spanish historians were working during the decades of the 1940s and 50's'.<sup>7</sup>

La evaluación de Di Camillo sobre la historiografía del Renacimiento en España es preocupante por varias razones: en primer lugar, porque Di Camillo olvida --o nos hace olvidar-- el tremendo interés por el Renacimiento europeo y el erasmismo en el Centro de Estudios Históricos a partir, fundamentalmente, de *El Pensamiento de Cervantes* (1925) y, en segundo lugar porque, junto con la pretendida objetividad, asume una continuidad de pensamiento entre el joven y el viejo Maravall que, lejos de ser evidente, resulta ser bastante problemática en el contexto de la historia reciente de España. José Antonio Maravall fue un habitante tan prominente durante el franquismo como lo fue en la transición a la democracia, trayectoria ésta que, sin llegar a ser normativa, comparte con otros muchos políticos e intelectuales de la segunda mitad del siglo XX.<sup>8</sup> El propósito de este trabajo es, consecuentemente, doble. Para empezar, creo necesario recordar que la obra de juventud de Maravall es más un intento de contradecir la

interpretación del erasmismo y del Renacimiento español ensayada por Américo Castro en los años anteriores a la Guerra Civil que una aportación original y desinteresada a un debate que, al parecer de Di Camillo, apenas se puede decir que existiera antes de 1939. Para decirlo con otras palabras, sin el *El pensamiento de Cervantes*, no se puede entender la obra temprana de Maravall. Para terminar, quiero conectar los olvidos de Di Camillo con respecto a Maravall con una tendencia que, además de haber sido bastante frecuente en España a partir de 1975, es particularmente importante para entender al Maravall más maduro. Me refiero a la tendencia a borrar o corregir el pasado como única forma de establecer una mediana coherencia o continuidad con el presente. El análisis de dos obras de José Antonio Maravall, *El Humanismo de las armas en Don Quijote* (1948) y, una versión muy corregida de la anterior, *Utopía y Contrautopía en el Quijote* (1976) servirán respectivamente para poner en evidencia estos dos problemas a los que me refiero.

#### *EL HUMANISMO DE LAS ARMAS EN DON QUIJOTE*: MARAVALL Y EL ‘LEGADO UTÓPICO’ DEL RENACIMIENTO ESPAÑOL.

La obsesión historiográfica de Américo Castro en los años anteriores al ‘desastre’ era, como es bien sabido, la de normalizar no ya el Renacimiento español sino toda la historia de España en relación a Europa: ‘Antes del desastre de 1936 me esforzaba yo por enlazar de algún modo la civilización española con la del Occidente europeo (por ejemplo, en *El pensamiento de Cervantes*, 1925), y esta mi ilusionada y retrospectiva esperanza me trajo bastantes simpatías’.<sup>9</sup> Este europeísmo de Castro era, como explica Javier Varela, una cuestión de verdadera militancia política:

Castro dice que, como toda su generación, intentaba encontrar en la historia española algo digno de ser puesto al nivel de Europa; de encontrar en ella 'latidos renacentistas', de enlazar de algún modo su civilización con la occidental. Es ese

intento, sigue diciendo el que le movió al estudio del erasmismo o a construir un 'Cervantes pensador'. Se trataba, pues, de realzar una tradición racionalista, laica, moderna, en sintonía con las aspiraciones de la élite intelectual y liberal de que formaba parte. Una historia de los heterodoxos, pero de sentido positivo, que acreditase su propia posición reformadora.<sup>10</sup>

Teniendo en cuenta al 'primer' Castro, el europeísmo de Maravall tiene, por tanto, muy poco de original en la historiografía española del siglo XX. Ahora bien, hay una diferencia importante entre la voluntad de nacionalizar el Renacimiento europeo en España como un fenómeno intelectual marcado por el racionalismo crítico, enfatizando el humanismo liberal y, muy particularmente, el cristianismo erasmista --lo que había constituido la labor de Castro y de sus estudiantes antes de la guerra-- a hacerlo desde la figura imperial de Carlos V y la 'aceptación' del Imperio por parte de los españoles como exponentes de la preeminencia de España en el contexto político europeo. Hay, en otras palabras, una gran diferencia entre enfatizar el humanismo de las letras o el de las armas en el contexto anterior y posterior a la dictadura y tras la experiencia de la Guerra Civil.

Di Camillo, de hecho, se muestra sorprendido de que Maravall refutara con tanta persistencia el humanismo como el estímulo principal del Renacimiento en España: 'His treatment of humanism was particularly striking in that he regarded it as a minor movement within the Renaissance culture'.<sup>11</sup> Este ingrediente en el pensamiento de Maravall resulta, en opinión de Di Camillo, una verdadera lástima para la comprensión total del Renacimiento en España o la aceptación total del diseño de Maravall. Aún así, Di Camillo se inclina por negar a Maravall toda responsabilidad ideológica en cuanto a su extraña aversión hacia el humanismo y,

en su lugar, considera por primera y única vez, el ‘aislamiento’ de la dictadura como un posible factor a tener en cuenta:

Maravall's consideration of humanism, which was a secondary objective in an investigation chiefly centered on the Renaissance, depended a great deal on indirect information. Though difficult to satisfy, such a reliance may be explained in part by the inaccessibility of primary sources as well as the unavailability of the latest studies in the field of humanism that were published outside of Spain. But whatever the case, his subordination of the meaning of humanism to his concept of the Renaissance had the unfortunate result, in an otherwise valuable study, of impoverishing our understanding of the role of humanism in Spain and of not doing full justice to the culture of the Renaissance he was trying to highlight.<sup>12</sup>

Este argumento resulta ciertamente contradictorio si se tiene en cuenta que, poco antes de deducir esto, Di Camillo ha cifrado la fertilidad de la propuesta histórica del joven Maravall (frente a la esterilidad del pensamiento histórico anterior) en su conocimiento de los métodos historiográficos de la escuela francesa y en su fácil acceso a las fuentes de documentación.<sup>13</sup> La sorpresa ante la obstinación ‘antihumanista’ de Maravall sería mucho menor si Di Camillo le hubiera dedicado más tiempo o más crédito a la visión europeizante de Castro y sus colaboradores y al énfasis puramente ‘humanista’ de la misma.

La interpretación del Renacimiento ensayada por el joven José Antonio Maravall está, de hecho, muy lejos de ese rigor histórico o indiferencia científica con que Di Camillo le singulariza. En primer lugar, porque Maravall concibe de manera explícita su obra como una necesaria refutación a la idea del Renacimiento español propuesta por el pensamiento liberal, al que, por extensión, también pretende desautorizar. Y, en segundo lugar, aunque de modo menos

transparente, porque Maravall aprovecha su definición o redefinición del Renacimiento para dar coherencia histórica o identidad hispánica a acontecimientos mucho más recientes de la historia de España. Con la nueva factura de Maravall, el Renacimiento no sólo desnacionaliza, por así decirlo, la tradición liberal en España sino que, completamente desvinculado de la misma, pasa ahora a constituir un patrimonio histórico ideal para legitimar el alzamiento militar y nacionalizar, por tanto, la dictadura de Franco.

¿Qué quedaría en pie de la obra de Américo Castro si se demostrara que Cervantes, lejos de ser un espíritu liberal y progresista, era un nostálgico del imperio de Carlos V y de su espíritu de cruzada evangélica? ¿Qué fórmula de heterodoxia podría constituir el erasmismo español si se le demostrara como heredero directo del más tradicional espíritu evangélico medieval y como sostén ideológico de la idea imperial de Carlos V? ¿Y qué si se demostrara que lo que Cervantes echaba de menos no era la libertad espiritual del Renacimiento sino, muy al contrario, la intransigencia católica del emperador? Quedaría *El humanismo de las armas en Don Quijote* (1948); una aproximación al *Quijote* ‘desde el punto de vista político’ que permite a Maravall rebatir cada uno de los argumentos defendidos por Américo Castro en *El pensamiento de Cervantes* siguiendo para ello la misma estrategia de presentar a Cervantes como el mejor y más rezagado exponente del Renacimiento español.<sup>14</sup> De acuerdo con esta estrategia, *Don Quijote*, Cervantes, el erasmismo español, ‘todo el Renacimiento,’ cobran perfecto sentido, según Maravall, si se interpretan a la luz de la tradición, continuidad o permanencia de la cultura medieval y no ya en función a la idea liberal, burckhardtiana, de novedad, ruptura o modernidad defendida en su momento por Castro.<sup>15</sup> Cervantes, concede Maravall, es un reformista plenamente inspirado por Erasmo, salvo que el erasmismo en España no sólo no es esa actitud



eminentemente liberal que interpretaron Castro y Bataillon, sino que, muy al contrario, conforma un activo compromiso político-religioso con ‘la institución tradicional del Imperio’:<sup>16</sup>

Cuando Bataillon califica de elementos erasmistas en Cervantes el ideal pastoral, el clasicismo, la crítica de las caballerías o incluso su poco virulento anticlericalismo, no advierte que esto sólo puede ponerse en la cuenta de Erasmo en la medida en que éste compendia la tradición cultural europea de la baja Edad Media, cruzada por tendencias de reforma que habían prendido hasta en los círculos más próximos y obedientes a Roma y que un grupo cada vez mayor de escritores había tratado de ligar a la idea del Imperio. Cuando esta última idea cunde en España lleva ya consigo una fuerte influencia espiritualista y reformadora y ésta es la razón por la que los más firmes mantenedores de la concepción imperial en nuestro siglo XVI tomen el aspecto de erasmistas. No otro es el caso de Cervantes.<sup>17</sup>

Maravall insiste en presentar a Cervantes como un ‘tardío enamorado’ de la idea imperial de Carlos V,<sup>18</sup> concebida ésta en toda su dimensión ética y sociopolítica, esto es, como ‘un ideal heroico y cristiano, con todo su conjunto propio de valores, principalmente la justicia y la paz entendidas en sentido universal, agustiniano, según el cual se concibió la idea imperial de la Edad Media y cuyo último representante fue Carlos V’.<sup>19</sup> Esta interpretación de Cervantes ‘desde el punto de vista político’ equivale, desde luego, a una refutación completa de aquella otra que entendió el *Quijote* como una sátira incisiva de las empresas del Emperador Carlos. Para Maravall, ni hay intención satírica en el *Quijote* ni, por lo mismo, se puede considerar a Cervantes como un autor medianamente ‘moderno’ en su concepción política. Más bien todo lo contrario, puesto que lo único ‘moderno’ que el Renacimiento genera en cuanto a política --

puntualiza Maravall-- es la organización técnica del Estado avanzada en España ‘hasta un nivel más alto que en el resto de los países europeos’ por los Reyes Católicos.<sup>20</sup> No obstante, dentro de esta manera ‘moderna’ y europea de gobierno no tienen cabida ni las ‘ilusiones’ imperiales de Carlos V, ni los sueños o utopías de don Quijote, ni ‘forzosamente’, al parecer de Maravall, las creencias más fundamentales de ‘nosotros’ los españoles:

Vive y escribe Cervantes cuando Europa está organizándose rápidamente de acuerdo con las formas políticas nuevas que el nuevo tipo humano del Renacimiento ha traído consigo a nuestra historia.... Pero la venida de Carlos I había suscitado entre nosotros otras ilusiones para las que no eran cauce adecuado las formas políticas estatales. Por otra parte, esta moderna técnica del poder había seguido desenvolviéndose según líneas ajenas a creencias fundamentales del español que forzosamente se había de sentir poco inclinado a someterse al signo político de los tiempos modernos. La ilusión del Imperio pasó fugazmente por los españoles; pero quedó, eso sí, una indudable falta de adecuación al régimen estatal.<sup>21</sup>

Tomando, pues, a Cervantes y, en particular, a don Quijote, como supremos representantes del español, Maravall induce la falta de adecuación o inadaptación al Estado Moderno --por definición laico o ‘sin ilusiones’-- como un rasgo permanente y definitorio, no ya del Renacimiento español, sino del carácter eterno de ‘los españoles’. Llevado a sus últimas consecuencias, el argumento de Maravall encuentra un referente contemporáneo inmediato en la experiencia republicana anterior a la guerra civil, la cual queda implícita pero igualmente desvinculada de las ‘creencias fundamentales del español’ y, por lo tanto, desautorizada como una política legítima o compatible con la cultura autóctona. Esta dirección explica, en mi

opinión, la contundencia con que Ramón Menéndez Pidal, en su papel de prologuista de este trabajo, confronta, si ya no las consecuencias implícitas del argumento de Maravall, desde luego sí las bases en que se apoya. Para empezar, Menéndez Pidal niega que haya base histórica alguna para cuestionar la autoridad política y moral del Estado Moderno en España:

Cervantes no censura la sociedad en que vive, cuya reformada estructura venía de muy atrás, autorizada en su mayor parte por el reconocido saber político y moral de los Reyes Fernando e Isabel; toda ella se imponía como sistema no inferior al medieval, si no más razonable, más perfecto. Frente a esta sociedad, la utópica institución de la caballería andante queda en ridículo, condenada siempre a una frustración merecida.<sup>22</sup>

Y, para terminar, aduciendo una ‘cierta duda sobre esa inadaptación de Cervantes’, tampoco en el Quijote encuentra don Ramón la menor censura a la autoridad moral del Estado:<sup>23</sup>

La sociedad moderna en que él [Cervantes] vive, la de la economía más compleja, la de una administración más inteligente y organizada, la de los ejércitos más sólidamente constituidos, dotados de armas de mayor alcance ni podía retroceder ni había para qué pensar que retrocediese.... [Cervantes] No sueña, como soñará después Campanella, en que la Monarquía española pueda ser el cuerpo político de un ideal organismo del orbe, pero, a la vez, *la impresión prevaleciente en la lectura del Quijote es que no envuelve una intencional censura a la sociedad moderna en general*, como inhospitalaria para la virtud; el mundo es como es, y parece desatino o candidez el pensarlo perfecto, y disparate es en el último caballero andante el perturbar la justicia, la paz y el orden de la gran monarquía en que desarrolla sus aventuras.<sup>24</sup>

Menéndez Pidal es tan sutil respecto a las implicaciones contemporáneas de su crítica como lo es Maravall. El primero se guarda de enjuiciar más directamente lo que él denomina ‘el giro interpretativo’ de Maravall, aduciendo en varias ocasiones conocerlo apenas ‘de oídas, que no de vista,’ y ‘en virtud de dos detenidas y gratas conversaciones con José Antonio Maravall’.<sup>25</sup> Con todo, Menéndez Pidal no muestra ninguna indecisión a la hora de invalidar el elemento de ‘censura’ política que Maravall encuentra en las acciones o aventuras de don Quijote ni, menos aun, a la hora de devaluarlas como disparates perturbadores de ‘la justicia, la paz y el orden’.<sup>26</sup> Y es que Maravall no sólo estima la inadaptación política de Cervantes a la sociedad moderna como prueba de una virtud muy española, sino que propone además una interpretación humanista de las armas de Don Quijote, esto es, como instrumento para la consecución de esa virtud tanto o más legítimo que las letras o las ideas, como verdadera cifra del ‘legado’ de Cervantes. Iguales en virtud, el humanismo de las armas que propone Maravall se eleva sobre el humanismo de las letras en razón de su eficacia política:

Difícilmente un puro humanista creería que el entendido en letras no haya cultivado por ese sólo hecho su espíritu de manera que en él pueda caber el vicio. Y Cervantes, en cambio, sí lo cree. Lo cree Don Quijote, que, aunque reconoce al estudio una indudable eficacia para llevar al bien y aunque no tendría inconveniente en aceptar que incluso posee una predisposición a obrar bien el que es letrado, fía, sin embargo, de otros medios su magna aspiración de reforma del hombre, de la sociedad, de la república. Y esos otros medios son, sencillamente, las armas. He aquí por qué a la depuración interior del individuo la llamamos humanismo de las armas.<sup>27</sup>

Muy lejos ya de la interpretación de Américo Castro, y muy al hilo de las dudas de Menéndez Pidal, Don Quijote, conjunción ahora de un gran fin--la utopía política--, con un gran medio --las armas--, conforma un nuevo 'legado' político para España cuya fuerza providencial aprovecha Maravall para conectar en su conclusión, misteriosa pero efectivamente, ahora sí, el pasado con el presente mediante un oportuno pretérito perfecto:

Sería interesante ver hasta qué punto hay mucho de común entre el ideal de Cervantes, tal como hemos tratado de interpretarlo, y la organización social que proyectan en su época algunos franciscanos evangelizadores de la Nueva España. Y de todos modos en las empresas de los españoles, que *han podido* disponer del legado de Cervantes como vínculo fortísimo de unidad histórica, *ha tomado* realidad la utopía cervantina, por lo menos como uno, entre otros, de los elementos de su destino.<sup>28</sup>

1948 es, claramente, el término *ad quem* de esa continuidad histórica y fuertemente vinculante que Maravall rastrea no ya desde el *Quijote*, sino desde mucho antes. En la introducción a su estudio, Maravall compara un encuentro fortuito con el cauce del río Ebro de dos grandes héroes de la literatura castellana: el conde Fernán González, héroe del poema épico sobre los orígenes de Castilla, y el héroe cervantino, Don Quijote. Ambos héroes literarios, piensa Maravall, son 'factores de la empresa secular que llamamos España y viven de la realidad de nuestra historia, que han contribuido a hacer'.<sup>29</sup> Aunque, como buen historiador, Maravall no se olvida de puntualizar que cada uno de ellos ve el río Ebro de modo diferente y recibe ante él una distinta 'impresión' o un distinto 'sentir',<sup>30</sup> el método de la comparación no deja escapar la intervención constante de una nota que parece repetirse a lo largo y a pesar de la historia: el espíritu guerrero, 'la heroica vibración de los dos personajes' y, por supuesto, el 'mismo caudal'

del río Ebro que, por extensión, viene a representar la continuación geográfica e histórica de esa ‘empresa secular que llamamos España’.<sup>31</sup>

Los términos de la comparación de Maravall no podrían ser históricamente menos inocentes. Para cualquier español del año 48 la mención del río Ebro ha dejado de representar una mera constancia geográfica castellana para evocar todo un género de asociaciones y recuerdos de mucho más difícil escrutinio. El Ebro es el escenario de la última gran batalla de la Guerra Civil española: la larga y cruenta batalla del Ebro, planeada por el ejército republicano para frenar el avance de Franco hacia Valencia. Al ser la última gran ofensiva republicana, la batalla del Ebro fue, por tanto, la victoria más rotunda del ejército nacionalista y prácticamente el final de la Guerra Civil.<sup>32</sup> Puesto que la batalla duró desde julio a noviembre de 1938, es difícil que el detalle del aniversario pasara desapercibido en la imaginación del lector que, en 1948, tropieza con las imágenes superpuestas de Fernán González y don Quijote. Así pues, si el cauce del Ebro le sirve a Maravall para certificar la constancia secular del heroísmo castellano y la continuidad histórica de España, la elección, a una década justa de la batalla del Ebro, no puede ser ni menos imparcial ni, hay que suponer, más sugestiva para sus lectores contemporáneos. Fernán González y don Quijote se encuentran en un continuum histórico cuya prolongación actual no puede ser otra que la victoria de las tropas nacionales en la batalla del Ebro. Dicho de otro modo, Franco viene a ser la verdadera y legítima continuación de ‘esa empresa secular que llamamos España’: la empresa heroicamente comenzada por el Conde castellano Fernán González, utópicamente defendida por don Quijote, y, finalmente, lograda por aquellos españoles que ‘han podido disponer del legado de Cervantes’ y han podido también vencer en la batalla del Ebro. Su victoria estaba, por así decirlo, providencialmente garantizada en la tradición heroica y utópica que se proyecta o se refleja en sus aguas.

Así pues, si es cierto que José Antonio Maravall está muy lejos de Américo Castro en su interpretación del Renacimiento español, desde luego no lo está tanto en la asepsia de su labor historiográfica. Contrariamente a lo que Ottavio Di Camillo nos hace pensar, ‘todo el Renacimiento’, el ‘humanismo de las armas’ o el ‘legado’ de Cervantes no apuntan sino a la historia española más contemporánea.<sup>33</sup>

#### *UTOPIA Y CONTRAUTOPÍA EN EL QUIJOTE: MARAVALL CONTRA MARAVALL*

Durante la convalecencia de una operación de corazón, sin poder salir de casa y basándose únicamente en la memoria y las notas que había ido recopilando a través de los años, José Antonio Maravall se lanzó a un proyecto un tanto extraño: intentar explicar de nuevo el sentido sociopolítico del *Quijote*, algo que había intentado hacía ya bastantes años.<sup>34</sup> La nueva versión, *Utopía y contrautopía en el Quijote* apareció justamente en 1976, esto es, poco después de la muerte de Franco y coincidiendo, por cierto, con el famoso *Descargo de conciencia* de Pedro Laín Entralgo. La obra, que viene a ser la negación total de lo dicho en *El Humanismo de las armas en don Quijote*, es toda una palinodia política, aunque ciertamente Maravall se cuida de que no lo parezca, presentándola, más bien, como una evolución de pensamiento más o menos lógica en su trayectoria vital o un cambio de postura sin mayores consecuencias. Esta cuidadosa táctica de Maravall puede explicar el que los estudiosos de la obra de Maravall hayan aceptado *El humanismo de las armas en don Quijote* como una mera primera versión de *Utopía y contrautopía en el Quijote* sin llegar a advertir las profundas soluciones de continuidad que existen entre ambas. Así por ejemplo, Francisco Gutiérrez Carbajo, en un estudio exclusivamente dedicado a Maravall y el *Quijote*, destaca un elemento que no sólo está perfectamente ausente de la obra de 1948, sino que, de hecho, la contradice por completo. El elemento en cuestión es nada menos que la ironía cervantina:

La utopía es justamente la característica más resaltada en la interpretación política que se lleva a cabo sobre la obra de Cervantes en *El humanismo de las armas en Don Quijote* (1948). Aquí se contraponen y contrastan las concepciones utópicas de Cervantes y del obispo Guevara y se llama la atención sobre el apartamiento irónico que el autor del *Quijote* revela respecto al mundo social en que se desenvuelve su criatura literaria.<sup>35</sup>

Esta ironía de que habla Gutiérrez Carbajo no tenía más cabida en *El Humanismo de las armas* que en aquellas palabras del prologuista Menéndez Pidal: ‘el *Quijote* se ríe de Don Quijote’.<sup>36</sup> En 1948, José Antonio Maravall no sólo no concibe ninguna distancia irónica entre Cervantes y su personaje, sino que, de hecho, basa toda su interpretación del sentido político del *Quijote* en la plena identificación entre ambos.<sup>37</sup>

Maravall empeña gran parte del prólogo de 1976 a demostrar que su nueva postura o cambio de opinión en relación al *Quijote* no era, en realidad, una cuestión tan nueva en su pensamiento, sino algo que venía de bastante lejos. Apuntándolo poco menos que como una garantía documental, Maravall recuerda un artículo suyo sobre el pensamiento utópico de Antonio de Guevara que había sido pensado con ocasión del centenario de Carlos V en 1958. Maravall elige una cita de aquel estudio en la que sin mayores ambages se decía: “Creo advertir ahora que el *Quijote* no es propiamente una utopía, sino que ésta se halla desarrollada al lado del relato para descrédito de los que a ella se aferraban’.<sup>38</sup> Por si esto no fuera bastante, Maravall añade en 1976: ‘Quiero precisar más ahora: presentó su obra como una contrautopía escrita a fin de oponerse a la falsificación de utopía que representaba el propio Don Quijote’.<sup>39</sup> Si admitimos que el comentario de 1958 equivale a una descalificación de la obra original, hay que admitir también que la descalificación es bastante ambigua ya que la alusión a *El humanismo de*



*las armas en Don Quijote* hay que sobreentenderla únicamente en lo que Maravall refiere como ‘un intento de explicación total’ de ‘hace años’.<sup>40</sup> Si, por otro lado, aceptamos que la añadidura de 1976 es lo bastante ‘precisa’ como para equivaler finalmente a una descalificación sin atenuantes de la obra original, hay que admitir que, muy curiosamente, Maravall vuelve a nublar el libro en cuestión refiriéndolo como ‘otro libro mío publicado mucho antes’ y escatimando al lector una mínima exposición del sentido original del mismo.<sup>41</sup> En cualquier caso, no hay que dejar de notar la insistencia de Maravall, por un lado, en no presentar su obra como una refutación del pasado y, por otro, en retrollevar su pensamiento actual sobre el sentido político del *Quijote* hasta mucho más allá de 1976.

Maravall le da pues completamente la vuelta a su obra de 1948 y se propone demostrar que la utopía quijotesca es arcaica, escapista, irracional y, en último término, tan absurda y disparatada como digna de ser condenada al fracaso; en otras palabras, que no se trata de una utopía de providencial significado político sino de una contrautopía dirigida, muy precisamente, a desacreditar semejantes concepciones utópicas. A través del personaje de Don Quijote, Cervantes aboga, al parecer de Maravall, nada menos que por la aceptación del mundo moderno:

Juzgo que se ha falseado muchas veces la pretendida aceptación por Cervantes de la sociedad española de su tiempo, o mejor, del régimen social de la llamada ‘Monarquía católica’ .... Muchos españoles, entre ellos Cervantes, se dieron cuenta, razonablemente, de que en medio de la crisis que se sufría era absurdo levantar la imagen utópica de una sociedad que se juzgaba idealmente como tradicional, frente a la incuestionable sociedad moderna, que se imponía por todos lados, cuya incomprensión llevaba al país y a sus grupos dominantes a fracasos de cada vez más difícil reparación.<sup>42</sup>

Difícilmente se dejará de notar que la tesis que Maravall presenta en 1976 es, no sólo perfectamente opuesta a la de 1948, sino prácticamente la misma que Ramón Menéndez Pidal había defendido en su prólogo de entonces ('... la impresión prevaleciente en la lectura del *Quijote* es que no envuelve una intencional censura a la sociedad moderna en general').<sup>43</sup> No obstante, el prólogo del maestro ha desaparecido por completo de la nueva versión de 1976. Para explicar el divorcio, Maravall aduce, además de la muerte de Pidal, una extraña razón de incompatibilidad de pareceres:

La primera edición de este libro llevaba un prólogo del gran maestro Menéndez Pidal. Sabido es que él sostuvo siempre la fidelidad de Cervantes al mundo del Romancero.... En esta edición he suprimido ese prólogo, ya que no me es posible, desgraciadamente, obtener su conformidad para abrir con su nombre un libro en el que se subraya el propósito cervantino de rechazar por irrazonable ese espíritu del romancero.<sup>44</sup>

Roto el diálogo con Menéndez Pidal, Maravall se reserva la última palabra y nos descifra el significado de aquel prólogo en virtud de una discrepancia que, lejos de ser la que cualquier lector consideraría evidente, se explica como resultado de su propia evolución de pensamiento y, según parece, de la obstinación de Menéndez Pidal en el suyo. Al dar este paso, Maravall condena a Menéndez Pidal al silencio y consigue liberar su obra del ojo crítico de aquél. Con ello, Maravall tergiversa completamente el sentido de aquel prólogo y, al hacerlo, consigue trastocar o corregir también su propio pasado; algo que sería del todo imposible si ese prólogo de Menéndez Pidal siguiera recordando al lector de 1976 cuál era la tesis originalmente postulada por el joven Maravall y quién estaba entonces más cerca de defender a ultranza el 'irrazonable' espíritu del romancero.

Para terminar de reprogramar el pasado, Maravall decide también, ‘contra lo que ha sido siempre mi norma’, cambiar el título de su obra y dedicársela, por cierto, a ‘mi admirado y sapientísimo amigo el profesor Bataillon’.<sup>45</sup> Tampoco en esto deja Maravall traslucir el más mínimo signo de arrepentimiento o de ruptura respecto a su pasado. A modo de defensa del título original, Maravall se complace incluso en recordar dos lecturas amables del mismo: la del propio Bataillon en la traducción española de *Erasmus y España* y la de Ulrich Ricken en sus palabras de apertura a un coloquio cervantino de 1966.<sup>46</sup> Una vez hecha la defensa y postulada la antigüedad de su proximidad hacia Marcel Bataillon, Maravall abandona o rinde el título tanto como abandona su interpretación original o utópica del *Quijote*. Es obvio que ya no le gustan ni el título ni su vieja interpretación. Es obvio también que Maravall prefiere cambiarlos amparándose en el olvido de los demás --hasta cierto punto también en la muerte-- que admitir públicamente la magnitud de su retractación. En la coyuntura política de 1976, la corrección que Maravall hace de su propio pasado no podría haber sido más sutil ni la palinodia más secreta. Y es que, a pesar de todos los cambios, hay algo que no ha cambiado en absoluto. La nueva versión, tanto como la vieja, demuestra tener mucho más que ver con el contexto sociopolítico de Maravall que con la España de Cervantes. Es por eso que ahora, en lugar de aquella triunfal conclusión de 1948, tan cuajada de pretéritos perfectos, en la que Maravall ofrecía todo el legado utópico o quijotesco del Renacimiento como herencia singular del régimen franquista, aparecen estas crípticas palabras sobre la lamentable historia de represión en España y sobre la debilidad --¿culpabilidad?-- de ‘nosotros’ los españoles para superarla:

En adelante, seguiría en Europa el contraste entre los impulsos utópicos y reformadores frente a las resistencias que ofrecían en cada situación los datos positivos de la sociedad establecida. De esa honda tensión dialéctica se

produciría el dinamismo que tan enérgicamente ha movido y ha hecho cambiar a Europa. En España, la estructura represiva y fantasmal que se impusiera en la época del Barroco y que tantas veces se ha repetido después, crearía dificultades, graves de superar en su tendencia inmovilista; precisamente, porque una ilusión irreal no es confundible con un anhelo de reforma utópica y esto último no siempre ha tenido bastante fuerza entre nosotros.<sup>47</sup>

## NOTAS

- <sup>1</sup> Ottavio Di Camillo, 'Interpretations of the Renaissance in Spanish Historical Thought', *Renaissance Quarterly*, XLVIII (1995), No. 2, 352-65, p. 363.
- <sup>2</sup> 'Interpretations of the Renaissance in Spanish Historical Thought: The Last Thirty Years', *Renaissance Quarterly*, XLIX (1996), No.2, 360-83, p. 360. La visión panorámica de Di Camillo se publicó en dos entregas en *Renaissance Quarterly*. La primera entrega (1995) examina las aportaciones de Amador de los Ríos y de Menéndez Pelayo, con un breve inciso sobre Bonilla y San Martín, para culminar con una introducción a José Antonio Maravall. La segunda (1996) es un análisis detenido del pensamiento de Maravall y, en menor medida, de Manuel Fernández Álvarez y Miguel Batlori. En esta segunda parte, Ottavio di Camillo también se detiene a analizar el erasmismo español de acuerdo a las aportaciones de Marcel Bataillon, Eugenio Asensio y José Luís Abellán. De ahora en adelante y con el objetivo de diferenciarlas, me referiré a la primera como 'Interpretations' y a la segunda como 'The Last Thirty Years'.
- <sup>3</sup> 'Fue él [Castro] quien me comunicó el afán de buscar las huellas de Erasmo en la literatura española más allá de la época en que, vivo todavía el pensador de Rotterdam, se vio la irrupción de sus obras en España a pesar de su poderosa resistencia.' Marcel Bataillon, 'El erasmismo de Cervantes en el pensamiento de Castro', en *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, ed. Pedro Laín (Madrid: Taurus, 1971), 191-207, p. 193. Para la opinión de Di Camillo respecto a Bataillon, véase 'Interpretations', 362-63.
- <sup>4</sup> Di Camillo, 'Interpretations', 364.
- <sup>5</sup> Di Camillo, 'The Last Thirty Years', 362; las cursivas son mías.
- <sup>6</sup> '[Castro's] emphasis on the Jewish and Arabic elements in the formation of the Spanish national character, the centerpiece of his historical interpretation, became a symbol of opposition during the Franco regime'. *Ibid.*, 360.
- <sup>7</sup> *Ibid.*, 364.
- <sup>8</sup> Antonio Tovar, Pedro Laín Entralgo, Dionisio Ridruejo, Gonzalo Torrente Ballester, Luis Rosales, José Luís Aranguren, Felipe Vivanco o José María Valverde son algunos de los ejemplos más destacados. Como en el caso de José Antonio Maravall, todos ellos son sobradamente conocidos por su pasado 'azul' o falangista. Sobre este tema, pueden verse, entre otros, Julio Rodríguez Puértolas, *Literatura fascista española* (Madrid: Akal, 1986); Andrés Trapiello, *Las Armas y las Letras. Literatura y Guerra Civil (1936-39)* (Barcelona: Planeta, 1994) y Gregorio Morán, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo* (Barcelona: Tusquets, 1998).
- <sup>9</sup> Véase la 'Introducción' a *Teresa la Santa y otros ensayos*, nueva edición reducida (Madrid: Alianza, 1982; 1ª ed. 1972), 125-64, pp. 10-11. Para un análisis tanto del europeísmo de Castro como del singularismo o españolismo posterior a la Guerra Civil, véase Guillermo Araya, *Evolución del pensamiento histórico de Américo Castro* (Madrid: Taurus, 1969).

<sup>10</sup> Javier Varela, ‘Américo Castro. Autobiografía de un liberal’, en *La novela de España: Los intelectuales y el problema español* (Madrid: Taurus, 1999), 259-292, pp. 265-6.

<sup>11</sup> Di Camillo, ‘The Last Thirty Years’, 369.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 371.

<sup>13</sup> ‘Aware of the untenable premises underlying the polemic over the *homo hispanus*, and more receptive to the history of mentality, a newly introduced methodological approach favored mostly by French historians grouped around the *Annales*, he discarded the quest for formative strains based on the ethnic composition of past inhabitants of the Iberian Peninsula and began to explore, through a new reading of old documents and through the utilization of new sources, the emergence and progressive elaboration of the concept of Spain as a historical construct.’ *Ibid.*, 361.

<sup>14</sup> J.A. Maravall, *El humanismo de las armas en Don Quijote* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1948), 18. José Antonio Maravall era miembro integrante del Instituto de Estudios Políticos, donde se publicó la obra. Directamente dependiente de la Junta Política de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, el IEP fue creado por decreto de 9 de septiembre de 1939 ‘con la pretensión de ser ... un equipo de cerebros al servicio del nuevo Estado, encargado por éste, según reza el decreto de creación, de una serie de misiones que se centraban fundamentalmente en la investigación y estudio de la problemática política, social administrativa, internacional y económica del Estado; en el asesoramiento de la Junta Política y demás servicios del Movimiento; en la emisión de dictámenes sobre asuntos y proyectos del Gobierno, y, finalmente, en la orientación de la acción del partido’. Véase José Antonio Portero, ‘La Revista de Estudios Políticos (1941-1945)’, en Manuel Ramírez, et al., *Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945)* (Zaragoza: Cátedra de Derecho Político-Libros Pórtico, 1978), 30. De acuerdo con Pasamar Alzuria, El IEP ‘fue un trampolín político privilegiado. Así, además de los cargos universitarios, sus miembros desempeñaron otros significativos’. Véase Gonzalo Pasamar Alzuria, *Historiografía e ideología en la postguerra española: La ruptura de la tradición liberal* (Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1991), 63; las cursivas son del autor. José Antonio Maravall, además de conseguir la cátedra de Derecho Político de la Universidad de Valladolid en 1946, fue jefe de administración del Ministerio de Educación Nacional (Pasamar Alzuria, 64; 363).

<sup>15</sup> ‘Cervantes, con su *Don Quijote*, adquiere un claro sentido de reformador, ligado a las grandes corrientes de espiritualidad de las generaciones precedentes. Entre esas corrientes tuvo, como es sabido, una fuerza extraordinaria la del erasmismo español. Tanto en su versión española como en su original fuente, en el propio Erasmo, ese movimiento exige hoy una profunda revisión del significado que se le ha venido atribuyendo. En general, la causa del error en la interpretación usual de este hecho histórico deriva de una insuficiente comprensión de todo el Renacimiento, entendido como una ruptura con la tradición de la Edad Media. Desde ese punto de vista, toda relación con el mundo de creencias anterior, se considera como una hipocresía. Y desde esta base, Castro trató de reconstruir la línea de pensamiento de Cervantes. Cervantes y Erasmo

aparecen interpretados unívocamente sobre la imagen del Renacimiento que dibujó Burckhardt.’ Maravall, *El humanismo*, 14-15.

<sup>16</sup> Ibid., 13.

<sup>17</sup> Ibid., 17.

<sup>18</sup> Ibid., 285.

<sup>19</sup> Ibid., 284.

<sup>20</sup> Ibid., 23. Más adelante enuncia Maravall las bases del Estado Moderno: ‘ejército regular, economía dineraria y administración por técnicos, es decir, burocracia’ (25). Don Quijote, piensa Maravall, está muy lejos de comulgar con ninguna de estas creaciones. En su lugar, añora el espíritu caballeresco y desprecia el dinero, las nuevas armas de fuego y todas las reglas de disciplina y obediencia impersonal que se prescriben para el buen funcionamiento del Estado y el ejército.

<sup>21</sup> Ibid., 23-4.

<sup>22</sup> Ramón Menéndez Pidal, prólogo a *El humanismo de las armas en Don Quijote*, viii-ix.

<sup>23</sup> Ibid., xi. Menéndez Pidal se refiere a la ‘indudable falta de adecuación al régimen estatal’ de la que habla Maravall (24).

<sup>24</sup> Ibid., x-xi; las cursivas son mías.

<sup>25</sup> Ibid., vii-xi.

<sup>26</sup> Menéndez Pidal es mucho más preciso a la hora de afirmar que, si Don Quijote es un personaje tan admirable como Carlos V, no lo es por los disparates que es capaz de llevar a efecto, o --como diría Maravall-- por su ‘legado’ político, sino por la virtud humana e individual que lo inspira: ‘La idealidad y el ensueño quedan como la más poderosa fuerza humana, por más que se haya de estrellar contra lo imposible. En esa falta de utopismo político reside el eterno valor humano del *Quijote*, uniéndose en él el vigoroso realismo y las más altas aspiraciones de ánimo’ (xiv). En este sentido, cuando Menéndez Pidal vuelve a afirmar que en el ideario de Carlos V hay ‘un fondo noblemente quijotesco, anterior al *Quijote*’ (x), no es posible deducir de su admiración por la figura del emperador una admiración paralela por la ‘disparatada’ política imperial española.

<sup>27</sup> Ibid., 119. La fórmula ‘humanismo de las armas’ permite a Maravall justificar de un sólo trazo los móviles o ideales, los medios o instrumentos y, también, los resultados o consecuencias: ‘[las armas] responden a un ideal moral... Y, naturalmente, nada más propio también que el resultado de esas armas y de tan enérgica acción combativa sea no menos un fin moral’ (128).

<sup>28</sup> Ibid., 287; las cursivas son mías.

<sup>29</sup> Ibid., 4.

<sup>30</sup> Ibid., 3.

<sup>31</sup> Ibid., 3-4.

<sup>32</sup> Véase Raymond Carr, *Spain (1808-1975)* (Oxford: Oxford UP, 1989, 1ª ed. 1966), 690-4. Como anécdota ilustrativa, puede recordarse que la Virgen del Pilar está presente en el Valle de los Caídos porque ‘contribuye a no olvidar que fue en la batalla del Ebro donde se decidió la Guerra Civil’. Véase Daniel Sueiro, *La verdadera historia del Valle de los Caídos* (Madrid: Sedmey, 1976), 184.

<sup>33</sup> En este sentido, es importante notar que la obra de Maravall fue una entre las muchas que aparecieron con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes en 1947; una conmemoración o reivindicación del pasado que, como tal, estaba dirigida a fortalecer el sentido de unidad y continuidad con el presente. Una amplia relación de las obras cervantinas relacionadas con esta ocasión puede encontrarse en Marcel Bataillon, ‘Publications Cervantines Récentes’, *Bulletin Hispanique*, LIII (1951), No. 2, 157-175.

<sup>34</sup> Los detalles sobre la enfermedad y la redacción de la obra pueden encontrarse en Robert W. Felkel, trad., *Utopia and Counterutopia in the ‘Quixote’*, de José Antonio Maravall (Detroit: Wayne State University Press, 1991), 9.

<sup>35</sup> Francisco Gutiérrez Carbajo, ‘La interpretación del *Quijote* en Cervantes’, en *Homenaje a José Antonio Maravall*, número especial de *Cuadernos Hispanoamericanos*, CDLXXVII-CDLXXVIII (1990), 287-98, p. 288.

<sup>36</sup> Ramón Menéndez Pidal, Prólogo a *El humanismo de las armas en Don Quijote*, ix.

<sup>37</sup> Se puede considerar a Gutiérrez Carbajo como responsable en parte de la trascendencia de esta confusión ya que presenta citas de la obra de 1976 como si fueran de 1948 (288). Curiosamente, Maravall mismo anuncia en su prólogo de 1976 que la separación entre autor y personaje es una de las novedades más notables en la evolución de su pensamiento: ‘Ahora sigo creyendo que en ese juego de una doble construcción utópica está basado todo el desarrollo de la primera gran novela del mundo moderno.... Pero ahora creo también, por otra parte, que en la primera redacción de este presente libro tendí demasiado a aproximar la línea de la mentalidad quijotesca al propio pensamiento del autor, a pesar de alguna referencia en contrario. Pienso que no solamente hay que distinguir entre ambas cosas, sino que hay que acentuar la distancia entre ellas’. José Antonio Maravall, *Utopía y Contrautopía en el Quijote* (Santiago de Compostela: Pico Sacro, 1976), 11.

<sup>38</sup> La cita completa que Maravall incluye de su estudio anterior es la siguiente: ‘El pensamiento de Guevara, tal como lo hemos expuesto, no racional y sistemáticamente formulado, porque no es susceptible de expresarse en conceptos dotados de claridad y precisión, sino en su conjunto de ilusiones difusas y de creencias tópicas, siguió influyendo en nuestro siglo XVI. Las Casas es un



típico representante de una ideología semejante. Y a ella corresponde el contenido utópico que se encuentra en el Quijote, tal como lo pusimos de relieve hace años en un intento de explicación total de su sentido político. Creo advertir ahora que el *Quijote* no es propiamente una utopía, sino que ésta se halla desarrollada a lo largo del relato, para descrédito de los que a ella se aferraban. De esa manera, el *Quijote*, verdadero anti-Guevara, no sólo literariamente niega 'las elegancias' guevaristas que un López de Ubeda elogiaba, sino que representa un enérgico antídoto contra el utopismo difuso y adormecedor de nuestro siglo XVI'. Maravall, *Utopía y Contrautopía en el Quijote*, 9-10.

<sup>39</sup> Ibid., 10.

<sup>40</sup> Ibid., 10.

<sup>41</sup> Ibid., 10.

<sup>42</sup> Ibid., 20.

<sup>43</sup> Ramón Menéndez Pidal, Prólogo a *El humanismo de las armas en Don Quijote*, xi. Si se recuerda la insitencia de Menéndez Pidal en presentar la utopía cervantina como un 'disparate', la ironía de esta *nueva* interpretación de Maravall es aun más impactante: 'Cervantes, hombre razonable, prudente, medido, podríamos decir que realista, comprende que el sueño de una sociedad caballeresco-pastoril es un disparate en las condiciones a que se ha llegado en el mundo real, histórico'. Maravall, *Utopía y Contrautopía*, 189.

<sup>44</sup> Maravall, *Utopía y contrautopía*, 11.

<sup>45</sup> Ibid., 11.

<sup>46</sup> Ibid., 11-12. Maravall no recuerda, por supuesto, la crítica de Bataillon en su primera reseña del libro: 'Lui qui proteste avec raison contre la conception historique qui rompt la continuité entre 'Moyen âge' et 'Renaissance', il est encore trop enclin lui-même à faire intervenir ces entités à majuscules comme des réalités vivantes. L'Humanisme et l'État, également avec majuscules, l'obsèdent. Et naturellement le rapport entre l'État moderne et son armée. Je ne sais si cette science politique explique C[ervantes].' Marcel Bataillon, 'Publications Cervantines Récentes', *Bulletin Hispanique*, LIII (1951), No. 2, 162.

<sup>47</sup> Maravall, *Utopía y contrautopía*, 256.